

Seis sonetos inéditos de Alberto Angel Montoya

VIENTO EN LA ALCOBA

I

*La misma alcoba de ese amor, es esta.
Una flor seca y una copa rota.
Soledad del orgullo y voz ignota
del viento intruso, es todo lo que resta.*

*¿Y dónde, oh viento, el nombre y la floresta
ceceantes al par en tu remota
complicidad? Y la pregunta flota
vanamente en el viento sin respuesta.*

*La ventana que abrí, cerrada há tanto
tiempo al viento y al nombre, parecía
tener cuajado en su cristal el llanto.*

*Ella y su nombre. El viento y su porfía.
Y sobre el libro del amor y el canto,
el retrato inocente todavía.*

*Tiendo la mano hacia el misterio mudo
de las cosas, y al largo movimiento
palpo apenas el tránsito del viento
que no vistió de aroma y va desnudo.*

*Ya solo el viento. Y lo que fue y no pudo
sobrevivir al plácido momento.
Altivo trance del renunciamiento.
Y algo invádeme, lóbrego y sañudo.*

*No es el dolor que añora en la lejana
tarde del bosque el nombre descendido,
al ábrego de octubre, hoja temprana.*

*Ni la hoja marchita, ni el sonido
que hizo tal vez la hoja en la ventana.
Es el viento que en mí se ha detenido.*

ELLA ESTUVO EN LA ALDEA

*Esas mañanas, ay, de Serrezuela.
Y aquella niña con su rubia infancia.
Y aquel beso frustrado en la ignorancia
de la boca infantil y la ciruela.*

*Discurría del templo a la plazuela
aldeando de frutas la distancia.
Y ella fruta también. Y esa fragancia
que el traje oculta y el amor revela.*

*Ella estuvo en la aldea. Y cada día
a ella llegué de mi heredad cercana,
por hallar su mirada que tenía*

*Un nuevo cielo azul cada mañana.
¡Ah del pámpano rubio que cubría
la húmeda uva de la vid temprana!*

JUGUETE

A

A. A. J.

(“El Corso”-1949)

*Decir adiós es triste. ¿Y a dónde ir? Y el vano
inquirir por la muerte. Y un pensamiento fijo.
Mi angustia está cayendo de las manos del hijo
como un juguete roto. Y él me toma la mano.*

*¿Más con qué voz contarle mi dolor, cuando ufano
el mundo está ofreciéndole un porvenir prolijo?
Y a mí vuelve el acento con que mi voz le dijo
hijo mío, en la cuna. Y le oprimo la mano.*

*Y él entonces me dice que yo soy el gigante
de sus cuentos de niño. Que por qué no lo elevo
hasta el farol que fíngele la estrella rutilante*

*Que guió a los Reyes Magos. Y cuando al fin me atrevo
a elevarlo en las manos de mi angustia un instante,
él ríe sobre el hombro de su juguete nuevo.*

ELOGIO DE LA CORDURA

*Un loco, sí; un loco. Y hallar que la locura
es una subrazón; cordura incomprendida
que en anímicas zonas se refugia escondida.
¡Cómo fuera de sabio ser loco en la cordura!*

*Ver que la luna apenas imita la blancura
que aluna a los lunáticos. Y el sol que no convida
al misántropo escéptico cuya excéntrica vida
—oh soledad consciente— baña una luz más pura.*

*Y saber que la risa maniática es el lloro
que se pasmó en los ojos estáticos. Y el pasmo
de alguna estrella fija que es el único oro.*

*Y la mujer: terreno molde para el orgasmo;
pero molde de arcilla, que arriba hasta el decoro
de un coro de almas locas que rodean a Erasmo.*

A UNA NIÑA DE ROMA

(P. S.)

*No conocí esos arcos, pero inventé la curva
sobre su seno virgen y en tus vírgenes hombros,
oh Pionina en acecho. Tus primeros asombros
fueron míos. Tu sexo mi conquista aún conturba.*

*No conocí esos arcos, mas supe de la turba
conjurada que a Bruto siguió; de los escombros
de esa tu Roma eterna que restauré en tus hombros.
No conocí esos arcos... Pero inventé la curva.*

*Escúchame, oh Pionina tan mía: el Arctino
te enseñará que Atenas y Roma en su destino
fueron sexo y escudo, conquista noble y recia.*

*Mas tú eres una niña y es tarde en mi camino.
Acéptame el regalo de un verso alejandrino:
la juventud de Roma fue la vejez de Grecia.*